CAPÍTULO VIII

Clase guerrera. — Los yaoquizque. — Pinturas relativas del códice Mendocino. — El Telpuchcalli. — Diferencias con el Calmecac. — Objeto del Telpuchcalli. — Su número. — Educación que en ellos se daba — Castigos. — Emancipación. — Instrucción militar. — Honores que alcanzaban en la guerra. — Ejercicios guerreros. — Ascenso de los mancebos del Telpuchcalli. — Cargos á que podían llegar — Honores y grados á que llegaban los mancebos del Calmecac. — Los tecuhtli. — Ceremonias para hacerse tecuhtli. — Su simbolismo. — Clase guerrera de los cuauhtli y los océlotl. — Era esencialmente aristocrática. — Diferencia jerárquica de las habitaciones de los señores y principales. — Despotismo que en esto se revela — El Cuauhtli-Océlotl. — Su teponaxtli — Dedicación de esta clase guerrera al sol. — Fiestas del Nahui-Ollin. — Su templo. — Sacrificio del mensajero del sol. — El cuauhxicalli. — El huéhuetl de Malinalco. — Fiestas después del sacrificio. — El banquete antropófago. — El areyto de los señores. — Confusión en esta festividad de las ideas é intereses guerreros y teocráticos. — Deidades tigres. — Vasos cinerarios destinados á los océlotl. — Los tequihua. — Los quachic. — Los yaoyizque pardos, — Los calpixque.

Pasemos ahora de la clase sacerdotal á la guerrera. Dos razones se han dado para negar que los guerreros formasen una clase: la primera que todos los tenochca tenían por precisión que ser guerreros y vivir de la guerra, pues ésta constituía su ocupación habitual y contínua; la segunda, que todo niño, al nacer, era

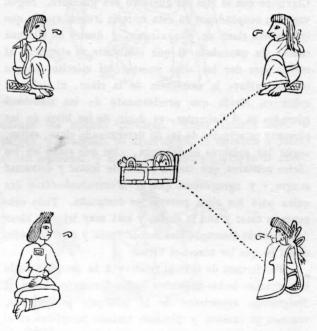
una poderosa lanza que tiene por regatón una cabeza de víbora. Para ellos era la guerra tan necesaria, que refiere Tezozomoc, que habiendo pasado algunos años en paz, le dijo Motecuhzoma á Tlacaelel:—Paréceme que há muchos días que estamos muy ociosos.—Para ellos



Huitzilopochtli

ofrecido al dios *Huitzilopochtli*, y por eso se colocaban en su mano el pequeño arco y la pequeña rodela.

Eran los mexica, en efecto, pueblo esencialmente guerrero. Comencemos porque su deidad principal era *Huitzilopochtli*, dios de la guerra: así es que lo representaban cubierto con el *ichcahuipilli*, y empuñando



Ofrecimiento del recién hacido

no batallar era la ociosidad, era no cumplir con su destino. Pero no es cierto que sólo viviesen de los despojos del enemigo y de los tributos, pues ya hemos visto cómo los tenochca eran también un pueblo agricultor. Si vivían en contínuas guerras y procuraban aumentar su riqueza pública con los tributos, buscaban

principalmente el aumento de su poder y conseguir prisioneros que sacrificar á sus dioses. Todos los actos de la vida pública y privada de los mexica estaban íntimamente ligados con su fanatismo religioso: por eso hemos visto que Motecuhzoma Ilhuicamina antes de coronarse hizo la guerra á los chalca para tomar víctimas que sacrificar en esa solemnidad, y por eso igualmente se estableció la guerra sagrada con Tlaxcalla y Huexotzinco. Los tenochca eran un pueblo guerrero, pero no guerrero solamente, sino que eran además agricultores, y como á su tiempo veremos, dados á la industria y al comercio, y muy adelantados en ciertas artes. La circunstancia de que se pusieran un arco y una flecha pequeños á todo niño al nacer, era muestra de que todo tenochca tenía la obligación de morir por su dios; pero esto no excluía la existencia de la clase guerrera. El pacto que los macehuales hicieron con ella cuando la campaña de Atzcaputzalco es buena prueba de ello.

Recordemos una vez más que por ese pacto se obligaron los macehuales á llevar á la guerra las cargas de los yaoquizque; y en efecto, como veremos adelante. se necesitaba una gran cantidad de gente para ese objeto. De tal manera la misma organización de los ejércitos tenochca exigía que los macehualle ó vasallos no fuesen yaoquizque ó guerreros. Si á esto añadimos las tradiciones recibidas de las dos civilizaciones del Norte y del Sur, nos daremos cuenta de por qué dice Clavigero que el hijo del guerrero era guerrero. Según vayamos ocupándonos en esta materia iremos viendo que existía una clase de yaoquizque, y dentro de ella una casta; sin que obste el que solamente se atendiese al mérito para dar los altos puestos del ejército, porque ni esto excluye la existencia de la clase, ni debemos echar en olvido que precisamente de los mancebos educados en el Calmecac, es decir, de los hijos de las personas principales de las de determinada clase, salían, según las palabras de Sahagún, "los que están en los oficios militares que tienen poder de matar y derramar sangre; " y agreguemos que el Mexicateohuátzin era quien para los altos puestos les designaba. Todo esto acusa la clase y aún la casta, y está muy lejos de ideas democráticas incompatibles con la época y con el medio social en que los tenochca vivían.

Por fortuna de todo lo relativo á la guerra, desde la educación de los mancebos á ella destinados hasta la designación ascendente de la jerarquía yaoquizque, tenemos un extenso y precioso tratado jeroglífico en el códice Mendocino: valiéndonos de él y ayudados de noticias muy claras y muy precisas que nos conservaron los antiguos cronistas, vamos á tratar la materia. Debemos repetir como homenaje á nuestro amigo el señor Bandelier, que su estudio sobre el arte de la guerra de los antiguos mexicanos, es de grandísimo interés y revela laboriosidad y conocimientos poco comunes, si bien en varios puntos seguimos nosotros diverso camino.

Empecemos por la dedicación que del niño hacían sus padres para que abrazase la carrera de las armas. En la pintura del códice están á un lado el padre y la madre, en el centro el niño en su cazolli ó cuna, y en frente el sacerdote del Calmecac y el Telpuchtlato ó jefe del Telpuchcalli. Las cuatro figuras grandes llevan el signo de la palabra, significando el ofrecimiento y la aceptación.

No se han deslindado bien las diferencias del Calmecac y del Telpuchcalli, y para nosotros es esencial aclarar este punto. El Calmecac era uno solo y estaba en el templo mayor: los sacerdotes daban en él la educación, y sus mancebos se sujetaban á la jurisdicción del sacerdocio que podía condenarlos aún á muerte. Ensenábanse ahí las ciencias, que eran patrimonio exclusivo del templo; su objeto principal era formar ministros de sus dioses; pero tanto por la conexión íntima que había entre el sacerdocio y el poder guerrero, cuanto porque los teopixque eran por su naturaleza yaoyizque é iban á la guerra en las grandes ocasiones, se daba como accesoria la instrucción militar. Pero á más de los mancebos al sacerdocio destinados, educaban ahí los hijos de los yaoyizque que ocupaban los primeros puestos en el ejército, para que éstos quedaran en ellos, supuesto que para obtenerlos necesitaban haber sido mancebos del Calmecac: y por eso hacían todavía como educandos sus primeras pruebas en la guerra. Durán da cuenta de que tanto los mancebos como las doncellas del Calmecac eran un número determinado é igual; lo que, combinado con la obligación de designar precisamente á aquellos mancebos para los grandes cargos, producía en definitiva la existencia de una casta dentro de la clase guerrera.

El Telpuchcalli, por el contrario, estaba abierto á todos los hijos de los yaoyizque y tenía por objeto principal la instrucción en las cosas de guerra, aunque por la conexión referida se hacían también ejercicios religiosos. Esta diferencia se manifiesta en las pinturas poniendo negros el cuerpo y el rostro de los mancebos del Calmecac, y únicamente el cuerpo de los del Telpuchcalli.

El mayor número necesario de mancebos hizo que fuese mayor también el de los Telpuchcalli mandados cada uno por un jefe yaoyizque, que se llamaba Telpuchtlato. Telpuchcalli significa casa de los mancebos, y Telpuchtlato instructor de los mancebos. En cada uno de los cuatro calpulli mayores había un Telpuchcalli, según el señor Bandelier; pero siguiendo las indicaciones de Sahagún y otras noticias, juzgamos que cada calpulli menor tenía uno y que por lo tanto eran veinte.

La edad para entrar en el *Telpuchcalli* era la de quince años. Tan luego como entraba un mancebo, dábanle cargo de barrer, limpiar la casa, poner lumbre y hacer los servicios de penitencia á que se obligaba.

Iba además al monte por leña. Llevaban una vida áspera; dormían poco y separados; iban juntos á trabajar en obras del Telpuchcalli y creemos que en públicas; y una vez concluída la labor del día, antes de que el sol se pusiese, se bañaban y se untaban de negro el cuerpo, pero no la cara. Se iban después á un lugar llamado Cuicacalco ó casa de la danza, en donde bailaban y cantaban todas las noches: y en seguida se recogían al



Ceremonias religiosas del Telpuchcalli

Telpuchcalli. Según el códice Mendocino cumplían también á la media noche esos mancebos con algunas ceremonias religiosas. Se ve á uno, de cuyo ojo parte una línea de puntos, observando al cielo para saber la hora que es: otro toca el teponaxtli y entona cantares á los dioses debajo del mismo símbolo de la media



Castigos del Telpuchcalli

noche, y un tercero sigue al Telpuchtlato que va á hacer su ofrenda de ramas y copalli.

cuenta las mismas pinturas. Nadie tomaba octli ó pulque, y si alguno se embriagaba le mataban á palos, De la severidad de aquella educación nos dan si era macehual, y si era de familia yaoyizque le ahor-



Banquete y regalos que da el mancebo que se casa, para separarse del Telpuchcalli

caban en secreto. También lo castigaban dándole palos, cuando lo encontraban con alguna mujer. La simple negligencia en el trabajo era origen de un duro castigo,

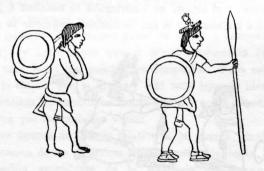
pues el Telpuchtlato y el Tiachcauh le quemaban el cabello con ocotes ardiendo.

Mas si el mancebo llegaba á lo que podemos decir

mayor de edad, esto es, á los veinte ó veintidos años, podía emanciparse de esa servidumbre y contraer matrimonio ó tener mancebas; para lo cual hacía á sus maestros un regalo de mantas grandes que llamaban quachtli.

La educación militar consistía primero en enseñar á los mancebos el uso de las armas; les daba esta instrucción su Telpuchtlato, el cual se distingue en los jeroglíficos porque en vez de cubrirse con manta lo hace con una red á manera de pescador. Para esta enseñanza esgrimían sus armas contra un poste que figuraban ser el enemigo; y para el ejercicio del arco y la flecha salían á cazar, ya á los montes, ya en canoas por el lago. A cierta edad, además, acompañaban á la guerra á los yaoyizque para irse adiestrando en los peligros y los combates. Para esto, cuando el mancebo llegaba á los veinte años, sus padres daban un convite á los yaoyizque viejos, le regalaban mantas y maxtli labrados, y les rogaban que tuviesen cuidado de su hijo en la guerra enseñándole á pelear y amparándole de los enemigos. Tenían los yaoyizque mucho cuidado de él, instruyéndolo en todo lo necesario para su defensa y para el ataque del enemigo: en trabándose la batalla no le perdían de vista y atendían á mostrarle los grandes hechos de los guerreros para que los imitase, y especialmente la manera conque hacían prisioneros.

El mancebo valiente al volver de la guerra podía usar sartas de caracoles marinos llamados *chipolli* y gargantilla de oro; en lugar de peinarse se escarrapazaba los cabellos hacia arriba para parecer espantable, se pintaba el rostro con rayas de tinta y margagita, en las orejas se ponía *xiuhnacochtli* de turquesas, plumas blancas como penachos en la cabeza y mantas á manera de red hechas de hilo de maguey que llamaban *chalca áyatl*. A éstos les permitían llevar á sus mancebas al



Va el telpuchtli á la guerra con el Telpuchtlato

Cuicacalco é irse con ellas después del baile. Como ya no eran mancebos, les decían tlapaliuhcati.

Los mancebos seguían perteneciendo al cuerpo guerrero de su *Telpuchcalli:* eran los soldados de él. Estos cuerpos, al mando de su *Telpuchtlato*, hacían ejercicios militares y alardes en ciertas festividades religiosas: Torquemada, al hablar de la fiesta *Toxcatl*, reflere que en ella se hacían esos alardes y escaramuzas

por todos los hombres de guerra, procurando cada cual aventajarse á los otros y mostrarse muy valiente y esforzado, de donde nacía señalarse muchos y aventurarse á casos muy peligrosos. Agreguemos que los tenochca habían recibido de los nahoas el ejercitarse y adiestrarse en las cacerías. El estudio, pues, del Telpuchcalli y estos ejercicios formaban la instrucción guerrera. Veamos ahora cómo los mancebos iban ascendiendo en su carrera, para que estudiemos la jerarquía y organización del ejército.

Debemos de paso advertir que estos mancebos jamás podían llegar á las altas dignidades, como expresamente lo afirma Sahagún, pues estaban reservadas á los del Calmecac; lo que sería bastante para acreditar la diferencia de clases y cuán ilusorio es considerar como una democracia la organización mexica. La manera de alcanzar los honores y distinguirse en la guerra, era según el número de prisioneros que hacía el yaoyizque. Conforme á las pinturas del códice Mendocino, el que hacía un prisionero podía usar manta con la divisa cuadrada y flores en señal de valentía. Desde entonces se cortaba la mocuexpaltia ó guedeja que desde los diez años le habían dejado crecer. Le llamaban Telpuchtlitaquitlamani, que quiere decir mancebo guerrero y cautivador, y se podía teñir el cuerpo de color amarillo así como las sienes y el rostro de rojo, y el tecuhtli le regalaba mantas y maxtli labrados. El valiente que había cautivado á dos enemigos, usaba el ichcahuipilli rayado, su macuáhuitl, su chimalli rayado, á semejanza del traje, un gorro terminado en punta sin plumas y una manta con cenefa sencilla de rayas. El que había cautivado á tres enemigos usaba el peinado rojo y con plumas, y su manta era bordada. El que cautivaba á cuatro enemigos se ponía manta listada de negro y rojo con cenefa, y se cubría con un ichcahuipilli rojo y casco de tigre, por lo que se llamaba ocelotecuhtli ó caballero tigre, que era ya yaoquizque muy distinguido. Había también caballeros del águila, cuauhtli, que formaban su casco y armadura con la cabeza y cuerpo de una águila. El que cautivaba cinco enemigos tomaba el nombre de otómitl, y se distinguía por un estandarte con plumas que llevaba á la espalda, pero que no tenía forma de bandera; su traje era verde. En fin, el que había cautivado á seis enemigos se llamaba quachic, que los cronistas traducen por príncipe, y llevaba un traje amarillo y verdadero pantli ó bandera á la espalda. Entonces había llegado el mancebo del Telpuchcalli á las mayores hazañas. Estas no le conducían á los grandes cargos de Tenochtitlán, que estaban reservados á la clase superior que en el Calmecac se educaba, pero sí lo disponían á ocupar ciertos puestos ó mandos. No eran, pues, los nombres antedichos grados ó ascensos; pero sí clases jerárquicas en el ejército de las que se tomaban los que podremos llamar oficiales y jefes. Esto se indica bien en la pintura por una particularidad; el que ha cautivado uno ó dos prisioneros no tiene más distintivo que su traje; pero el que tomaba á tres usa ya una especie de estandarte á la espalda como señal de mando. Por otros datos creemos que de éstos se tomaban á los Achcacauhtin ó Tiachcauh que mandaban las escaadras de veinte hombres y eran como ayudantes en el Telpuchcalli. Si observamos al occlolt que ha aprisionado á cuatro, veremos que no tiene la insignia de

mando, porque esos yaoyizque formaban con los cuauhtli una clase separada, un cuerpo escogido de que después nos ocuparemos. Pero el otómitl y el quáchic sí llevan la señal de mando, porque el primero guiaba á los flecheros y el segundo podía ser nombrado Tecoyahuácatl, Tizoyahuácatl ó Tlatlacuihcalca, pues con los tres nombres los encontraremos, que era ya un empleo como de general y que llevaba una bandera cuyo



Dignidades á que llegaban los mancebos del Telpuchcalli

cuadrete superior, sembrado de pequeños círculos, era morado, y las bandas de la parte inferior de verde, rojo, amarillo y azul alternados, formándose el remate con un penacho de plumas verdes de quetzalli ingerido en un botón de pluma azul con golilla y filetes rojos y amarillos. Pero á más podía llegar el mancebo del Telpuchcalli á otra dignidad de mando, que era también como de general, á Tlacatécatl, y usaba riquísima manta roja, y en su tocado el tlalpiloni, que era un doble penacho de plumas de quetzal caído hacia atrás. Así por su valeutía en la guerra y por el número de prisio-

neros hechos para ofrecer á su dios, iban ascendiendo los guerreros tenochca. Y vemos confirmándose los jeroglíficos del códice Mendocino y el relato de Sahagún, que dice expresamente: "De estos mancebos no se elegían los senadores que regían los pueblos sino otros oficiales más bajos en la república que se llamaban Tlatlacateca, Tlatlacuihcalca y Achcacauhti; los cuales son los mismos nombres que hemos citado puestos en su forma plural.

A continuación el códice trae los grados y honores que en la guerra alcanzaban los mancebos del Calmecac.

es decir, los de las clases privilegiadas que podían llegar á los más altos puestos. Distínguense, como de costumbre, por tener el cuerpo y rostro negros. Debemos hacer algunas observaciones. El primero lleva el traje de simple yaoyizque, su ichcahurpilli con piernas y brazos desnudos, pero no se levanta el peinado hacia arriba. El que ha cautivado á dos usa traje completo de algodón y un estandarte que expresa mando. El que tomaba tres viste traje verde y usa una bandera de listas rojas y blancas con penacho de quetzal. Al que alcanzaba esta victoria se le autorizaba para ser Telpuchtlato; y de tales guerreros salía el Huitznáhuatl, gran

dignidad que, á la vez que tenía mando superior en el ejército, ejercía funciones civiles de importancia en la corte. Poníasele á su bandera dos travesaños de pluma de quetzal. El que cautivaba cuatro enemigos era caballero de la serpiente, no ejercía mando sino que pertenecía á un cuerpo distinguido, y su traje imitaba la piel de la coatl. El que hacía cinco prisioneros llegaba á caballero del águila, su traje era rojo, usaba gran penacho de plumas rojas y podía llevar por casco la cabeza del águila, y en su chimalli ponía una garra del ave real. Constituían también los cuauhtli clase especial, y si el educando del Calmecac cautivaba á



Jerarquia de los guerreros del Calmecac

seis enemigos llegaba á la altísima dignidad de guerreros leon ó miztli; su traje era una piel y su casco una cabeza de ese animal, se ponía el tlalpiloni, y su chimalli tenía medias funas de oro. De estos guerreros salían el Tlacochcálcatl y el Tlacatccuhtli. Desde que el yaoyizque cautivaba cuatro enemigos podía ya sentarse en icpalli y usar los adornos distintivos de los altos puestos, y le cortaban los cabellos como á jefe. Mas para llegar á ellos era preciso que préviamente el yaoyizque se hiciese tecuhtli. Nadie nos da como Mendieta una relación tan minuciosa de la ceremonia, que á la par que recuerda las costumbres de la caballería, tiene un sello profundo de ritualidad religiosa. Compara Mendieta esta dignidad con la de caballero, y cuenta que el padre del mancebo que la pretendía, juntaba durante largo tiempo gran cantidad de mantas

y joyas para las ofrendas. Conseguido esto, señalaba el tonalpouhqui día propicio para la ceremonia, y llegado, iba el mancebo al templo acompañado de los señores y principales, parientes y amigos. Subía al teocalli. hacía acatamiento á sus dioses, y así humillado recibía al sumo sacerdote Teotecuhtli, que llegaba con una uña de águila y un hueso de tigre delgado como punzón á horadarle encima de las ventanas de la nariz, donde le ponía unas pedrezuelas de azabache, las que después de la ceremonia mudaba por otras de turquesa ó esmeralda ó por granos de oro. El horadarle con una uña de águila y un hueso de tigre, era simbolismo de que en la guerra había de ser ligero como la primera para alcanzar á los enemigos, y fuerte como el segundo para vencerlos. Ya hemos visto que estos yaoyizque eran cuauhtli y ocelotl.

Después, para probar su paciencia, virtud necesaria para los altos puestos, ultrajábanle de palabra y de hecho, y le tiraban del vestido hasta dejarlo sólo con el maxtli. Así desnudo se iba á hacer penitencia por un año en el tlamacazcalco. Pasaba el día en oración, incensando á los dioses y sacrificándose con puas de maguey, y á más se pintaba todo de negro como los sacerdotes. Le acompañaban para enseñarle las ceremonias tres hombres diestros en la guerra que se llamaban vaotequihuaque. En los cuatro primeros días no dormía, y si quedaba vencido por el sueño punzábanle con puntas de maguey para significarle que tenía obligación de velar por los que estuviesen bajo su mando. Avunaba los cuatro días, tomando solamente un ligero alimento á la media noche, en que iba á incensar á los dioses, y algunos no tomaban nada en ese tiempo. Después se iba á concluir su penitencia en el teocalli de su calpulli.

Terminado el año de prueba y señalado día propicio para la fiesta, iba con gran acompañamiento de señores, parientes y amigos, entre danzas y cantos, al gran teocalli; lo subía para incensar á Huitzilopochtli, dios de la guerra, y desnudándose del traje común que llevaba, le ataban los cabellos con una correa colorada, colgábanle el tlalpiloni y le vestían de ichcahuipilli, áyatl y maxtli riquísimos, que á su nueva dignidad correspondían, y le daban las armas de su estado. Después de esto seguíanse las danzas y convites, y grandes regalos á todos los presentes.

De tal manera el grado de tecuhtli ennoblecía, digámoslo así con los cronistas, y aun los mancebos del Telpuchcalli podían llegar á la elevada categoría de tlacatécatl, si bien, como ya se ha dicho, no les quedaban abiertas otras grandes dignidades civiles y guerreras, reservadas solamente para los que del Calmecac salían.

Hemos visto que los guerreros cuauhtli y los occlotl formaban un cuerpo especial, y no encontramos que pasase lo mismo con los coatl y los miztli. Era el jefe de ese cuerpo ó clase el mismo Tlacatecuhtli; y por eso dice Sahagún que lo era de los ejércitos el Cuauhtliocclotl, nombre que tomaba en esa ocasión.

El padre Durán nos da sobre este cuerpo guerrero noticias muy interesantes. Refiere cómo los señores de México premiaban las grandes hazañas de los yaoyizque, dándoles el mando de pueblos, oro, joyas y ricas piedras, plumas y divisas de mucho valor y precio y trajes riquísimos; nada más que á los que no eran de linaje, los diferenciaban de los nacidos de principales, dándoles particulares divisas y armas para que fuesen reconocidos como señores privados pardos y diferenciados de los demás; pues hasta en esto cuidaban de la separación de las clases y aun de las castas, y observábase esta diferencia también en la colocación que se les daba en los palacios y templos, pues en ellos había lugares y aposentos en que se recibían diferentes

calidades de personas, para que los unos no estuviesen mezclados con los otros ni se igualasen los de buena sangre con los de baja gente, según las palabras del cronista.

Acentuaban esa división, profundamente aristocrática y que revela un arraigado despotismo, las habitaciones y los palacios de los señores, pues se construían las de los primeros y principales junto á los templos, é inmediatas á éstas las de los que en jerarquía les seguían; de manera que grandes sacerdotes, grandes dignatarios, guerreros distinguidos, todos tenían las suyas con señales que las diferenciaban, sin que pudieran equivocarse ni confundirse; y en esto eran los mexica tan despóticos, que tenía pena de muerte el macchualli ú hombre del pueblo que osaba entrar en ellos, pues aun para el servicio de agua y leña había puertas falsas para que por ellas se comunicasen los servidores. Llamábanse á esos edificios teccalli ó casas de señores: y exageraban tanto el respetarlas, que si el tecuhtli llegaba á la suya acompañado de personas de menor jerarquía, le dejaban hasta la puerta sin atreverse á penetrar en ella.

Seguían en categoría menor los pilcalli ó casas de los principales que no habían llegado á tecuhtli, pues esta dignidad, por su propia naturaleza y por los muchos gastos que había que erogar por conseguirla, teníanla pocos. Los cronistas traducen pilli por caballero ó noble persona, y dan con ello bastante idea de lo que eran.

Seguíanse luego los cuauhcalli ó casas de los guerreros águilas: éstos eran los cuauhtli y los ocelotl: eran muy distinguidos de los señores, y en las cosas de guerra formaban el consejo, y lo que ellos disponían se confirmaba y hacía cumplir por el tecuhtli de México, sin que él mismo osase á contradecirlo. Ya dijimos que el tecuhtli de Tenochtitlán era su jefe, era el Cuauhtliocélotl: en ninguna pintura habíamos encontrado la representación de esta dignidad hasta que vino en nuestro poder un pequeño teponaxtli, que según el señor Orozco pudo ser el mismo que colgado usaba



Teponaxtli del Cuauhtli-Océlotl

el *Tlacatecuhtli* para dar las señales de la batalla; en uno de sus lados está esculpida una águila entrelazada con un león, lo que da la lectura *Cuauhtli-océlotl*.

Hemos dicho ya que los *cuauhtli* tenían que salir del *Calmecac*, mientras que los *océlotl* procedían del *Telpuchcalli*; pero para esto tenían que ser de las

familias principales, pues Durán tiene cuidado de notar que los que profesaban y entraban en esta compañía eran gente ilustre y de valor, todos hijos de caballeros y señores, sin admitir á los de baja suerte por más valientes que fuesen.

Los cuauhtli y los occilotl estaban dedicados especialmente al sol, por lo que el cronista los llama caballeros del sol: y tenemos confirmado esto en un barro de nuestra colección, procedente de Tabasco ó sea el Potonchán, que á más del casco de águila tiene como resplandor un Tonatiuh. Lo que también confirma la idea que atrás emitimos de que tales distinciones guerreras tuvieron su origen en la civilización del Sur.

Por esta dedicación á deidad especial celebraban fiesta cada vez que llegaba el signo *Nahui-Ollin*, es decir, dos veces al año. Hay que advertir que esta clase de guerreros *cuauhtli* y *occlolt*, á la cual no muy



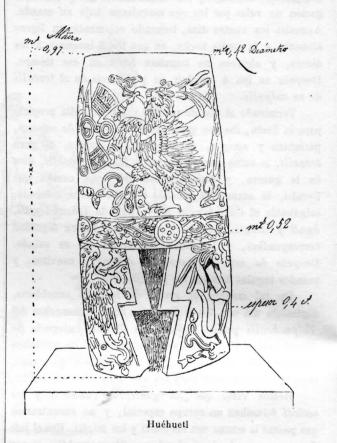
El mensajero del sol

descaminadamente comparan los primeros cronistas con las órdenes de caballería, tenían su templo y palacio particular curiosamente labrado, con muchas salas y aposentos donde se recogían y servían á la imagen del sol. En él moraban sus jefes y sacerdotes, y según Durán, algunos mancebos que se instruían y adiestraban en todo género de combate para poder llegar algún día á tan envidiada dignidad. Estos nobles yaoyizque, cuando iban á la guerra, llevaban un sol por divisa, y hacían juramento de morir en la guerra y de que aunque saliesen contra cada uno en el campo diez ni doce contrarios, no les volverían el rostro ni las espaldas, ni echarían pié atrás.

El templo del sol se llamaba por excelencia Cuacuauhtinchan ó casa de las águilas, y estaba en el
lugar que ahora ocupa el atrio de la catedral. Era,
como los otros teocalli, una construcción piramidal
truncada con una escalera de cuarenta gradas, y en lo
alto había una pieza mediana junto á un patio de siete
á ocho brazas, muy bien encalado, en cuyo centro había
una gran piedra redonda y labrada destinada á los
sacrificios y que se llamaba Cuauhxicalli ó jícara de las

águilas; en la pieza estaba colgada una manta y pintada en ella una imagen del sol en figura de mariposa, y alrededor un cerco de oro con muchos rayos y resplandores, estando todo lo demás de la pieza muy aderezado y galano. No olvidemos que las construcciones de nuestros indios eran policromas y que las pintaban con los colores más vivos y variados y con labores caprichosísimas, dominando en todo y como fondo el rojo.

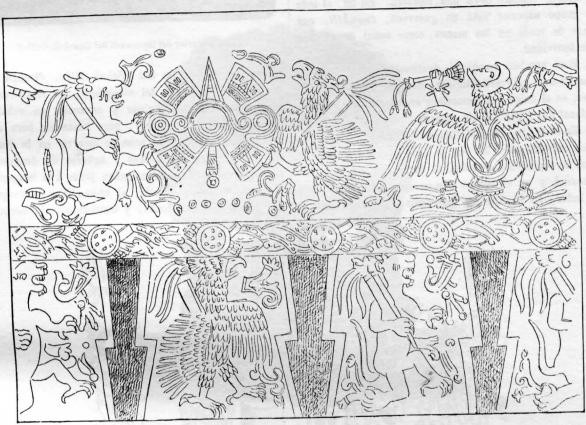
En este templo se hacían diariamente las ceremonias comunes á los otros dioses, como era mostrar la figura del sol cuatro veces entre día y noche, y hacer las acostumbradas ofrendas y sacrificios, para lo cual había



en él les correspondientes sacerdotes. La gran fiesta comenzaba por un ayuno general en la ciudad, pues ni los niños ni los enfermos podían tomar alimento hasta el medio día. Cerca de él, los sacerdotes llamaban al pueblo con sus bocinas y caracoles, y una vez reunido, al son de los instrumentos sacaban á un cautivo de guerra cercado de gentes valerosas é ilustres: tenía las piernas embijadas con rayas blancas, media cara de rojo y pegado á los cabellos un plumaje blanco; en una mano un báculo con lazos de cuero y adornos de pluma, y en la otra una rodela con cinco copos de algodón; á las espaldas llevaba una carguilla con plumas de águila, pedazos de almagre y tiza, brea y unos papeles rayados con resina de hule. Ponían al cautivo al pié de las gradas y allí le encargaban que fuese á ver al dios-sol, y le dijese que sus hijos y guerreros le rogaban que de ellos se acordase y los favoreciese, y que le entregase el báculo para conque camine y la rodela para su defensa, con todo lo demás que iba en la carguilla. Concluída la embajada, el mensajero del sol comenzaba á subir despacio las gradas del templo, deteniéndose en cada escalón. La subida por la escalera y la detención en cada grada, expresaban la marcha del sol. Luego que llegaba al patio se subía sobre el cuauhxicalli, y dirigiéndose, ya á la imagen del sol que estaba en el templo, ya á ratos al mismo astro, le decía su embajada. Se hacía todo esto de manera que en ese instante fuese el medio día en punto, y entonces subían los sacrificadores sobre la piedra, y tendiendo al mensa-

jero, después de quitarle el báculo, la rodela y la carguilla, le degollaban mandándole fuese con su mensaje al verdadero sol á la otra vida. La sangre del mensajero henchía la pileta del centro, toda la figura del sol, y se escurría por la canal, y cuando había acabado de desangrarse, le sacaban el corazón y se lo presentaban al sol.

Según este relato, no puede dudarse de que la tal piedra, que servía para el sacrificio del sol en la fiesta del Nahui-Ollin, es la que existe en el centro del patio del Museo, que algunos equivocadamente llaman de los gladiadores, y que conocemos con el nombre de Cuauh-xicalli de Tizoc. En su parte superior se ve la imagen



Fiesta del Nahui-Ollin esculpida en el huéhuetl de Malinalco

del sol, en su centro la pileta, y de ella sale la canal por donde se escurría la sangre. Era la piedra del sacrificio en el templo de los yaoyizque valerosos del sol. Y este relato resuelve también la debatida cuestión de si la canal fué hecha por los mexica ó es de época posterior. Ya no puede dudarse; si bien parece que después se amplió acaso para limpiarle la sangre.

Bien claro se ve, por la relación de la fiesta, que estaba dedicada al curso del sol en sus cuatro períodos principales del día y en sus cuatro grandes períodos del año, y que el *Nahui-Ollin* era el signo que lo representaba. En su brillante imaginación figurábanse los mexica, que era el sol un viajero que jamás debía detenerse en su camino; y por eso le enviaban la

carguilla que en sus viajes usan todavía los indios, el *chimalli* para su defensa y el báculo para que en él se apoyase y no se cansara.

Está representada la fiesta de los guerreros del sol en un huéhuetl ó tambor, que pertenece al pueblo de Malinalco, distrito de Tenancingo (Tenantzinco), del Estado de México. Este instrumento es la antigua tambora de los mexica, de madera, cilíndrico y hueco, y cubierto en su parte superior por una piel curtida y extendida que con los dedos se tocaba. El que nos ocupa tiene 0^m97 de altura por 0^m42 de diámetro en la parte superior y 0^m52 en el centro; el espesor de la madera es de 0^m04. El huéhuetl está todo esculpido primorosamente en el bajo-relieve, y divide en su

centro los dibujos una faja compuesta de escudos ó chimalli combinados con flechas y macanas, lo que es símbolo de la guerra, yaóyotl. La mitad del instrumento inferior á dicha faja tiene tres aberturas para hacerlo más armónico, con forma de flechas, que significan las tres ácatl del sol. Esto produce tres espacios esculpidos, en los cuales hay dos tigres, ocelotl, y una águila, cuauhtli; de sus bocas sale el signo del canto, simbolizando la fiesta á que se refiere el instrumento. Que ésta se hacía al sol en sus cuatro movimientos, está expresado en la mitad superior en que se ve el Nahui-Ollin, y á su lado una águila y un tigre también cantando. Para significar más la fiesta cada una de las figuras citadas lleva una bandera. En fin, al lado del grupo superior está un guerrero, cuauhtli, con ramos de rosas en las manos, como señal de ofrenda y de festividad.

Este precioso huchuetl, destinado evidentemente á la ceremonia guerrero-religiosa, de que hemos hablado antes, es el único que conocemos esculpido: en el Museo Nacional hay otros dos sin adornos.

En el teponaxtli del Cuanhtli-Océlotl, á que nos hemos referido poco há, en el lado opuesto al ya descrito, se representa también el curso del sol: se ve el Tonatiuh y en el centro el mensajero sacrificado; y á los lados, en el uno los guerreros que acompañan al

astro desde el amanecer al medio día y en el otro las cihuapipiltin ó mujeres muertas en el parto, que de ahí lo conducen á su ocaso. Estos guerreros y estas mujeres eran los que habitaban en la región del sol, porque para los mexica el más grande mérito era morir por la patria en la guerra ó morir dando hijos para la patria.

Continuando la materia de la fiesta que se hacía



Parte posterior del teponaxtli del Cuauhtli-Océlotl

al sol en su símbolo del *Nahui-Ollin*, diremos que después del sacrificio del mensajero, los ministros del templo tocaban las bocinas y caracoles en señal de que ya podían todos comer, pues hasta esa hora ayunaban rigurosamente, so pena de incurrir en la ira del sol y en grandes pronósticos y agüeros de desgracias. Los sacerdotes entonces colgaban junto á la imagen del sol como trofeo el báculo, el *chimalli* y la carguilla del mensajero sacrificado, y entregaban el cuerpo de



Danza de los cuauhtli y los océlotl

éste á quien lo había hecho prisionero en la guerra y por lo tanto era su dueño. Este hacía gran festín con su carne, pues tenían la de los sacrificados por bendita y consagrada. Terminado el festín antropófago volvían los ilustres guerreros al templo, tocaban sus bocinas y caracoles los sacerdotes y acudía el pueblo. En estando lleno el templo, los mancebos guerreros se sentaban en hileras, y atravesándose el molledo del brazo izquierdo con unas pequeñas navajas de obsidiana pasaban por la herida unas varillas delgadas, una á una, y según

salían sangrientas las arrojaban como ofrenda delante de la imagen del sol, siendo vanagloria el pasar el mayor número de ellas. Bañábanse después, y seguía gran danza y canto al son de los huchuetl, para lo cual sin duda sirvió el que hemos descrito; y en el baile ó areyto sólo tomaban parte los señores y principales, y no los macehuales; vistiendo riquísimos trajes con collares de oro y vistosos adornos de piedras y plumas de brillantes colores, especialmente los cuauhtli y los ocelotl, que llevaban sus bizarros vestidos de águilas y

tigres, y en sus escudos ó *chimalli* la imagen del *Nahui-Ollin* de oro ó de primoroso mosaico de pluma. Así se fundía la clase guerrera en la teocracia por el culto de los astros, base de su religión.

Creemos que de esa mezcla de ideas guerreras y religiosas, que desde la civilización del Sur trajo. su origen y acaso como recuerdo de la vieja zoolatría, nacieron deidades con forma de tigre cuyos ídolos no es extraño encontrar. Ya hemos hecho mención de la cabeza colosal de ocelotl que nos trajeron de Mitla, la cual tiene la lengua de fuera, por lo que el señor Orozco la tenía por representación del sol. Era natural que los tigres, soldados del sol, figuraran también tigre

á su dios. Otro ídolo, también de Mitla, lo confirma. Es un ocelotl de rostro feroz y de mirada penetrante, sentado á la manera oriental y con las manos sobre las piernas, ornado de rico maxtli y de grandes orejeras redondas; y para expresar su relación con la clase guerrera tiene un magnífico tocado de plumas á la manera de los que usaban los principales yaoyizque. No es por demás advertir la influencia del poder guerrero en la misma teogonía.

Igual observación nos proporcionan las urnas cinerarias. Si tomamos la que encerró las cenizas de un sacerdote, como por ejemplo, una muy notable sacada de los sepulcros de Tlacolula, observaremos que repre-



Dios océlotl de Mitla

senta al dios Quetzalcoatl. La figura está sentada á la oriental con las manos sobre las piernas y lleva el acostumbrado maxtli; en su tocado, como mitra con bandas, se ve el ce ácatl, otro de los nombres de la deidad; sale de sus labios la lengua bífida, y por adorno tiene sobre el pecho el medio sol, símbolo de la estrella de la tarde; pero en sus ojos cerrados indica la muerte. Por el contrario, en otro vaso cinerario de Xochixtlahuaca, observamos la cara de un tigre feroz, cuyo tocado semeja el del cuauhtli con sus adornos, tiene las garras levantadas y dispuestas á hacer presa, y en los ojos una vida extraordinaria, porque los guerreros muertos en campaña iban á vivir á la mansión de luz y llamas del astro del día.

La victoria del pueblo y la victoria de los dioses

eran un solo triunfo, y de aquí tuvo origen esa organización que tanto tenía de guerrera como de teocrática.

Pero no era el último grado de la honra y del valor el de los cuauhtli y los ocelotl, pues todavía podían llegar al de tequihua y al de quáchic. Cuando uno de estos yaoyizque escogidos hacía una señalada hazaña en la guerra, al volver, el señor de México le nombraba tequihua y le mandaba poner las insignias correspondientes, que eran tomarle los cabellos de la coronilla medio á medio de la cabeza y se les ataban con una trenza roja, y con la misma un plumaje de plumas verdes, azules y encarnadas, y de la lazada salía un cordón que colgaba á las espaldas y al cabo de él una borla roja; y esto era señal de que había hecho una hazaña, pues en haciendo dos le ponían otra. El

mismo señor le daba un ichcahuipilli de plumas muy galanas, un chimalli con ciertos adornos y un casco



Vaso cinerario de Tlacolula

especial, y joyas, collares, orejeras y bezotes; lo libraba de todo tributo y lo autorizaba para que él y sus hijos

pudiesen usar algodón en sus trajes y cactli en los piés, y tener las mujeres que pudiese sustentar, y desde aquel día podía entrar y sentarse en el técpan. Los tequihuaque venían á formar nueva clase, á la que estaba encomendado lo que podemos llamar el derecho internacional ó de guerra de aquellos pueblos, y tenían en campaña misiones muy delicadas, de que después hablaremos.

De los tequihuaque que más se señalaban por sus servicios, valentía y hazañas, escogíanse veinte y se les llamaba quáchic porque les rapaban la cabeza, dejándoles á un lado sobre la oreja izquierda (en algunas pinturas es sobre la derecha) un pegujón de cabellos tan grueso como el dedo pulgar, el cual entrenzaban con una cinta roja, y les pintaban media cabeza de azul y media de rojo ó amarillo, dándoles por único abrigo un maxtli muy galano, pues andaban siempre desnudos y cubiertos sólo por una red de henequen de mallas grandes; así es que en las pinturas se distinguen de los pescadores únicamente por los colores del rostro. Como se ve. Durán en este relato no va de acuerdo con el intérprete del códice Mendocino; pero lo confirma plenamente el del Vaticano, quien agrega que estos valientes iban á la guerra sin armas por bastarles la fuerza de sus brazos y su indomable osadía. Por su parte el cronista dominicano agrega que los quáchic estaban siempre en la retaguardia de los ejércitos, para que si éstos retrocedían salir ellos de refresco; pues era tanta su osadía y tan grande su ánimo, que ahuyentaban y desbarataban á las huestes enemigas, matando



Urna océlotl de X. chixtlahuaca

y prendiendo á muchos contrarios; sin que huyeran | de retroceder ni ante veinte enemigos; y sucedió no nunca, pues era ley de su institución que no habían | pocas veces que en fijando el pié no bastaban cien hombres á mover de su sitio á un quáchic, y acontecía que dos ó tres de ellos fuesen causa de desbaratar un ejército. Por exagerado que supongamos el relato del cronista, vemos en esos yaoyizque á hombres formidables en la guerra y que eran tan estimados que el tecuhtli de México les llamaba las niñas de sus ojos.

Por todo lo que hemos dicho, se observa que en aquella sociedad esencialmente aristocrática y despótica, pero en la cual las hazañas guerreras eran motivo de gran estima, luchaban encontrados dos elementos, el linaje y el valor propio. Bien se nota cuando Durán



Tequihua - Quáchic

nos habla de los guerreros que llama caballeros pardos. Estos no eran de la casta yaoyizque, mas por su ánimo y valentía llegaban á pertenecer á la clase de los cuauhtli-ocelotl, y á ser tequihuaque, que significaba conquistadores. Pero se les honraba de diferente manera que á los de linaje, pues al que se distinguía por sus hazañas presentábanlo al tecuhtli al volver de la guerra, y éste le mandaba cortar el cabello por encima de las orejas, le daba un ichcahuipilli de piel de tigre, que le caía no más hasta la cintura, un maxtli galano, que le cubría los muslos, le ponía orejeras y bezote, le armaba con un chimalli blanco con cinco copos de algodón y le permitía usar cactli ó sandalias, comer carne de hombres, beber el licor neuhtli y tener dos ó tres mancebas. Quedaba libre de tributos, le daban tierras en propiedad, podía bailar en los areytos y empezaba en él su linaje, gozando sus hijos de sus privilegios. Así por el valor se alcanzaba lo que los cronistas llaman nobleza; pero distinguiéndose siempre

la casta y los linajes. Y esto nos explica la diferencia que había entre los océlotl y los cuauhtli y por qué el códice Mendocino coloca á los primeros entre los yaoyizque que salían del Telpuchcalli, y á los segundos entre los que procedían del Calmecac.

Es que tan arraigada estaba la diferencia de clases, que cuando eran premiados los hombres bajos los vestían de pieles para diferenciarlos de los de linaje que usaban trajes con pluma; y era tal el rigor de estas diferencias, que los macehuales no podían vestirse de algodón, sino de henequen; ni menos podían beber cacao, xocolatl ó chocolate, que era sólo bebida de las personas principales; ni podían calzarse los piés en la ciudad, únicamente en camino con cactli de esparto y no de cuero; de modo que es difícil, después de tanto desprecio para el pueblo y de tanta honra para los grandes, atreverse á hablar de democracia entre los mexica, por más que sea idea de un americanista muy sabio, con quien nos une una sincera consideración y una amistad no desmentida.

Los mismos grandes, los que podían usar cotaras galanas de cuero, tenían que quitárselas, no sólo ante sus dioses en los templos, sino ante su señor, el tecuhtli de México.

Todavía tenemos que hablar de otros funcionarios de los ejércitos, los calpixque. Estos atendían en la ciudad á la parte oficial de la provisión del ejército, y además, cuando se declaraba una guerra, mandaba el Consejo que se avisase á los pueblos por donde pasaba el ejército para que tuviesen bastimentos y provisiones de armas y limpios y abiertos los caminos, y pusiesen centinelas que avisasen su llegada, á fin de que lo recibieran dignamente. Los calpixque de México comunicaban esas órdenes á los de los pueblos inmediatos, y de éstos se iban transmitiendo de lugar en lugar por sus respectivos calpixque. Podemos decir que el conjunto de estos funcionarios formaba el cuerpo de administración guerrera de los mexica.

Hasta aquí hemos presentado las diversas personas que constituían el ejército, dando cuenta de la clase guerrera y cómo se componía; vamos ahora á tratar de una tercera clase privilegiada, la de los mercaderes, que en algunos puntos importantes se relaciona con las cosas de guerra, para ocuparnos después en el armamento, organización, jefes y táctica ofensiva y defensiva de los mexica, comprendiendo lo que podríamos llamar su derecho internacional.